



RINCÓN DE ESPIRITUALIDAD

Alguien que superó sus prejuicios sobre la Iglesia y llegó a amarla entrañablemente, nos dejó sus "razones" y las formuló así:

Amo tu Iglesia, Señor Jesús, presente hoy en la historia, esta Iglesia, Sacramento universal de Salvación entre los hombres, esta Iglesia tuya y nuestra, pobre y pecadora, limpia y santa.

Amo tu Iglesia, Señor, misterio profundo de Dios y del hombre, esta Iglesia que ha puesto su tienda en medio de nuestro barro.

Amo esta Iglesia, Señor, proyecto maravilloso del Padre, que Tú el enviado, has realizado con el poder de tu Espíritu. Amo esta Iglesia, Señor, lugar donde el Padre llama y ama, lugar donde Tú curas y salvas, donde tu Espíritu libera y vivifica.

Amo tu Iglesia Señor, Pueblo nuevo, Pueblo de Dios en camino, esta Iglesia, que llama a todos los pueblos.

Amo esta Iglesia, Señor, Cuerpo tuyo, donde Tú eres cabeza y guía, Cuerpo tuyo con los hermanos que viven una sola fe en ti.

Amo a tu Iglesia, Señor, camino de liberación para la humanidad, respuesta de tu amor al hombre.

Amo tu Iglesia, Señor, que ha hecho opción por los más pobres, esta iglesia, que es servidora, buen samaritano del hombre apaleado.

Si la Iglesia es pecadora, no se debe a ella en sí misma, sino a la lamentable inclinación que todos los que la formamos tenemos al mal..

Jesús soporta esta debilidad hasta en las personas más relevantes de ella, sin excluir de su casa a nadie.. Sigue respetando nuestra libertad y dando su vida por ella.

Pero sería injusto juzgar a la Iglesia sólo por nuestros pecados. Su fecundidad a través de la historia es evidente. Son innumerables los hermanos nuestros que guiados por el Espíritu han reproducido la imagen del Hijo en las sociedades de todos los tiempos.



¿Cómo vives el don de haber sido bautizado en la Iglesia? ¿Qué valor le das a este sacramento? ¿Llegas al compromiso con ella? ¿Te planteas cuánto necesita la Iglesia de ti? Tú eres iglesia

¿Sabes vivir entre el trigo y la cizaña que crecen juntos?

La debilidad de la Iglesia no justifica tu pasividad en ella, ni la crítica destructiva. Más bien debe llevarte a deseos de reparación y misericordia. A dar la vida, si fuera necesario, por ella.